

© Jorge Belarmino Fernández

Septiembre 2010

Esta es una publicación del Partido de la Revolución
Democrática (PRD) del Distrito Federal y la Brigada
Cultural “Para Leer en Libertad”

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com

Cuidado de la edición: Santiago I. Flores y Alicia Rodríguez

Formación: Daniela Campero

**LA LUCHA CONTRA LOS
GRINGOS: 1847.**

Jorge Belarmino Fernández

Jorge Belarmino Fernández

La primera batalla contra las tropas de los Estados Unidos se produce el 25 de abril de 1846, en las cercanías de Matamoros, Tamaulipas. Pero la invasión ha comenzado el 8 de marzo, cuando los uniformes azul pálido cruzaron la frontera reconocida en el Río Nueces, al pie de Corpus Christi, Texas.

Se inicia así uno de los episodios que más contribuyen a la desgraciada, falsa imagen que los mexicanos y mexicanas tenemos de nosotros mismos, como individuos y como colectividad. Si a los gringos les bastó año y medio para merendarse la mitad del territorio nacional, decimos, ¿qué más podemos esperar?

México no es una nación entonces. No empezará a serlo sino con la Reforma y, todavía al fin de la Revolución de 1910, el gran reto para sus triunfadores consistirá, justamente, en crearla bien a bien. Así que en ese 1846 los estadounidenses se preparan a quitar dos millones de kilómetros cuadrados a la pequeña porción del país con conciencia de serlo.

Estamos hablando tal vez del diez o veinte por ciento de quienes habitan las ciudades y algunas regiones campesinas próximas a ellas. O más bien, de una porción de eso, porque las diferencias regionales resultan tan profundas que algunos estados, como el de los grandes propietarios yucatecos, justo en ese momento buscan su independencia.

Con la intervención, los vecinos del norte inauguran la política internacional cuyos discursos por la

La lucha contra los gringos: 1847.

paz y la libertad resultarán, hasta el siglo XXI, el mejor motivo para la violencia y el despojo. Su comportamiento, pues, no es menos artero y mentiroso que el de la Guerra de Irak¹. Pero sí su torpeza. El ejército de las barras y las estrellas se ha formado en el despojo y el castigo a las naciones indias, no sabe nada de guerras formales, y al atravesar el Nueces se arriesga a una aventura de la que todos los observadores internacionales aseguran saldrá mal.

En varios momentos toma decisiones estratégicas equivocadas, y en más de una gran batalla se encuentra contra la pared, a punto de derrotas que arriesgan el futuro de la operación toda. Lo hace mientras desde dentro se corroe, según bien muestra la mayor deserción registrada en los anales de Washington: más del ocho por ciento de las filas regulares.

De haber topado con la generación de la Reforma —como bien sabrá el imperio francés— lo esperaba un triste regreso a casa. Situación imposible, 1. No debe olvidarse ni por un momento que la intervención es impopular en los Estados Unidos, fuera de las regiones sureñas, y que la mayor parte de sus pensadores y algunos destacados políticos dan un combate en regla contra ella. Saben que está en riesgo la propia democracia estadounidense. Uno de ellos, el ex presidente John Quincy Adams, decía al gobierno en turno: “En esta guerra las banderas de la libertad serán las banderas de México, y las vuestras, me avergüenzo de decirlo, las banderas de la esclavitud... ¿Con qué autoridad, vosotros, teniendo la libertad, la independencia y la democracia en los labios, hacéis una guerra de exterminio para forjar grillos y esposas y colocarlos en los pies y las manos de hombres que ahora empiezan a arrancárselos?” Y un reformador, William E. Channing: “En adelante debemos de abstenernos de gritar al mundo ¡paz!, ¡paz! Nuestra águila aumentará, no saciará su apetito en su primera víctima, y olfateará una presa más tentadora, sangre más atractiva”.

Jorge Belarmino Fernández

claro, pues quizás nada contribuye tanto a formar a la generación de Juárez, Melchor Ocampo, Ponciano Arriaga, Mariano Escobedo, Ignacio Zaragoza, Guillermo Prieto y demás, como la terrible experiencia de 1846-1848.

En su lugar se encuentra con esa cosa informe que ha surgido en 1821. Nada más patético que el cuarto de siglo que ha seguido a una independencia consumada por quienes han sido sus peores enemigos; que da el giro, en buena medida, para deshacerse de una España donde a lo súbito, digamos, se procede a una renovación, se separa a la Iglesia del Estado, etcétera.

Apenas puede concebirse la pobreza ética y de talento de la clase política y militar surgida de allí. Responsable de la defensa contra la invasión, va un acto de infamia e ineptitud tras otro.

La historia que se cuenta en las siguientes páginas, inicia luego del cambio de escenario de la guerra. Hasta febrero de 1847 las columnas estadounidenses apuestan al avance desde el norte, de cuyos núcleos se posesionan más o menos pronto, si bien a no poco costo. Fijan así una línea de Tampico, —pasando por Saltillo, Monterrey y Chihuahua—, a San Francisco, California.

En ese momento y a pesar de la oposición de algunos de los grandes mandos, se resuelve asaltar Veracruz para entrar directamente a la capital de la mal llamada República. El general Scout muele el puerto sin arrojar ni diez centavos de coraje, a punta de

La lucha contra los gringos: 1847.

cañonazos que no distinguen a civiles de militares, y en Cerro Gordo, donde la costa veracruzana trepa al altiplano, él, no muy hábil tampoco, se ríe a carcajadas del presidente y general en jefe de nuestras tropas, Antonio López de Santa Anna, quien todo indica, renunció antes a una sonora victoria en La Angostura, Coahuila.

La perspectiva de otro tipo de guerra

Para los más serios revisores de la intervención estadounidense, el aparentemente fácil giro de Washington al trasladar el foco de la guerra al centro de México, tiene serios riesgos. Hace a su ejército introducirse en la región mejor poblada y con mayores recursos del país, exponiéndolo a quedar cortado, alejado del mar, a merced de la ira de centenares o miles de villas, pueblos y caseríos que pueden hacer con ellos las veces de sanguijuelas.

El paso se los allana en verdad el Generalísimo que, convertido en una caricatura de su ya caricaturesco personaje, parece condenar al país a la ruina apostando todo a un enfrentamiento en Cerro Gordo, donde la costa veracruzana empieza a crecer hacia el altiplano. Las dimensiones de sus errores allí rebasan el más pesimista de los cálculos. El hombre conoce la zona hasta el cansancio, pero sobrestima la posición que elige y permite a sus baterías colocarse en la peor de las formas. En un abrir y cerrar de ojos el enemigo lo flanquea por donde él asegura es imposible, y los

Jorge Belarmino Fernández

cañones mexicanos hacen daño a su propia infantería. Unas horas apenas dura la que se anunciaba como olímpica batalla. Después de eso no hay quien contenga las acusaciones en contra del general-presidente, ni los tratos a oscuras entre sus abundantes enemigos.

Es justo entonces cuando se crea el que es tal vez el momento más interesante de la resistencia a la intervención. Las instituciones tocan fondo y el México urbano y mestizo, y aún una porción del México o de los Méxicos indígenas ocupados en proyectos distintos al de la creación del Estado Nacional, parecen tener entonces la iniciativa.

En el estado de Puebla y las regiones limítrofes, el padre Jarauta estimula la formación de guerrillas, que son él único y desesperante obstáculo a la penetración de Scott, cuyos soldados descubren que la tierra puede llenarse de fantasmas y se vuelven particularmente receptivos a la propaganda que circula en papeles, en misas, en confesionarios, invitando sobre todo a los inmigrantes católicos —que forman el grueso de la infantería— a abandonar la causa de “los herejes”, cuyo objetivo es sepultar la “verdadera fe”, obrando contra nuestro país sin otro motivo.

En Michoacán, Melchor Ocampo intuye la alternativa que una década más tarde servirá para desalentar al ejército imperial francés. No la precisa bien a bien, pero en su llamamiento a la conversión de las fuerzas provinciales en unidades guerrilleras, apunta hacia una guerra que obligue a los invasores a

La lucha contra los gringos: 1847.

desperdigarse por la gigantesca superficie nacional y sostener una larga y costosa ocupación:

“Hagamos la guerra, pero del único modo que nos es posible. Abandonemos nuestras grandes ciudades, salvando en los montes lo que de ellas pueda sacarse. Y ya que no nos es dado imitar el valor con que los rusos incendiaron su capital sagrada, imitemos por lo menos la táctica de nuestros padres... Organicemos un sistema de guerrillas.”

En la Sierra Gorda de Querétaro, reuniendo a comunidades indias que llevan años batiéndose por la defensa de sus tierras y su identidad, y contra los abusos de los gobiernos estatales y federales, una revuelta conducida por quienes han sido soldados de leva convoca a una lucha que a su intención original suma el combate a los invasores:

“En atención a que el gobierno de los Estados Unidos Americanos aspira a la conquista de nuestro territorio, se invita a todos los mexicanos a la defensa de la Patria... Para que tenga efecto lo dispuesto, se declara: que todos los mexicanos contribuirán con su persona e intereses del modo más equitativo; que todas las propiedades territoriales serán comunes a todos los ciudadanos... *Plan de los pueblos de la Huasteca veracruzana*. Santo Domingo, Tantoyuca.”

Mientras tanto en la ciudad de México, entre el clima de desesperanza introducido por quienes tienen algo que perder, el gobierno provisional a cargo del general Anaya parece inclinarse por el repliegue a

Jorge Belarmino Fernández

Querétaro, y así posibilita una coincidencia con las intenciones de Ocampo, Jarauta y demás.

Para Santa Anna, la clase militar en su conjunto desestimula este tipo de participación popular a la cual teme, y enormemente corto de miras, no ve más alternativa que la guerra convencional. Una guerra que, por lo demás, incluso después de Cerro Gordo, no está decidida a favor de los invasores.

Un deshilachado conquistador

Del desprecio militar hacia los bárbaros del norte, el país está pasando a una visión igualmente absurda sobre el ejército invasor, que poco a poco lo dibuja como una soberbia máquina.

Taylor, Scott y sus tropas siguen resintiendo su original inexperiencia en la guerra formal, por aquella escasez de oficiales, abundancia de novatos y dificultad para disciplinar a los voluntarios, que lo son en cuanto se han enrolado por iniciativa propia y designan a sus jefes, pero que firman un contrato y tienen paga.

Las memorias de Ulises Grant, el futuro comandante en jefe de los ejércitos del norte durante la Guerra de Secesión, que tiene en México su prueba de fuego, son contundentes: “La Guerra Mexicana fue la verdadera academia del ejército de los Estados Unidos, que antes de ella no existía en realidad. Allí aprendimos todo lo que luego hemos puesto en práctica”.

La lucha contra los gringos: 1847.

Algunos soldados parecen percibir la facultad que en unos años pondrá sobre el tapete *La roja insignia del valor*, de Stephen Crane, para cuestionar la guerra. Ahí está, en la novela, el novato que bien podría ser uno de los que acompañan a Scott, vacilando siempre, y un día cualquiera dejándose arrastrar por sí mismo en la fuga obligada por una carga enemiga. Desperdigado experimenta “una violenta y sorda rebelión animal contra su suerte y la de sus camaradas”, e “indeciso por el campo, sin dirección fija, con la cabeza inclinada hacia adelante, con la mente envuelta en un auténtico tumulto de agonía y desesperación”, se adentra en un bosque.

Poco a poco vuelve a ser consciente, así, del mundo que la batalla ha convertido en mera, irrealizada espalda: “el intermitente resonar de los fusiles acabó por desvanecerse y el sonido del cañón se volvía cada vez más remoto”.

“El sol, revelando de pronto su existencia, brilló por entre los árboles... Le pareció una tierra noble para cuantos quisieran vivir justa y cabalmente... Cogiendo una piña, se la arrojó a una ardilla, y el animal huyó con un grito de temor... El muchacho sintió una cierta alegría ante aquella forma de comportamiento. Era la ley de la vida... La ardilla, una vez reconocido el peligro que corría, se había confiado a la ligereza de sus extremidades sin la menor vacilación. No había adoptado ninguna actitud de valentía, ofreciendo, por ejemplo, su peludo vientre a un posible proyectil, para

Jorge Belarmino Fernández

morir con la vista elevada al cielo en busca de algún gesto de reconocimiento por su estupidez.”

Este costo moral para las tropas invasoras, para la mayoría continúa mostrándose de otra manera. Toman el principal puerto mexicano casi sin bajas; en la primera batalla frontal vencen sin dificultad. Las autoridades de Puebla, temiendo represalias, los reciben en paz, y esta vez no hay campamentos improvisados en regiones inhóspitas ni, en general, enfermedades que caigan sobre ellos como plagas. Pero autoridades locales mexicanas encuentran a muchos lejos de sus campamentos, sin intención de volver a ellos.

La euforia y el golpe de la realidad

Guillermo Prieto recuerda los animosos días de principios de agosto de 1847 en la capital del país. La decisión de defenderla es recibida con un desborde de ese optimismo en el que, de tanto en tanto, se cobija el pueblo de la ciudad espantando su mala fortuna. Los generales —asegura el futuro miembro del gabinete de Juárez— se echan sobre los mapas para hacer un plan; centenares de ciudadanos se incorporan a las Guardias Nacionales; la tropa, ayudada por toda suerte de pueblo, abre zanjas y apuntala fortificaciones; las fábricas de armas trabajan a su máxima capacidad, y los tañidos fuera de hora, el contento de los clarines, la romería de las madres, las esposas, los hermanos de los comprometidos, el tránsito de los

La lucha contra los gringos: 1847.

de vuelta orondos batallones, el jolgorio con el cual los niños saludan la desviación del ritmo de todos los días, completan la fiesta.

El dibujo que hace Otero es más prudente: “Parecen dominar sentimientos encontrados entre la población. A la vez que huyen trémulas y despavoridas muchas familias, como en una ciudad que se incendia, atraviesan las calles los ayudantes de los jefes y los dragones; se agrupa el pueblo en distintos puntos, se dirigen a sus cuarteles los individuos de la Guardia Nacional.”

En cualquier caso es un ajetreo y un fervor patrio, a buenos ratos con un toque frívolo, pero que en los próximos días va a probar cuán genuino es.

Nadie cree que la sola presencia de Santa Anna obre milagros, se esparcen rumores en su contra, unos generales renuncian y otros, buscando desplazarlo, sienten que la oportunidad se aproxima. Como sea, sigue siendo el presidente, con su estela de victorias ciertas y fantásticas.

Por la forma en la cual ha concebido la guerra, el destino depende de la batalla por la antigua Tenochtitlan, y la presencia de las modestas milicias enviadas por diversos estados, se esfuerza en proporcionar un carácter nacional a la defensa.

A la comandancia militar no se le escapan las dificultades de la empresa. La posibilidad de que el enemigo entre por el sur queda descartada. Para ello debe dar la vuelta desde Chalco, marchando sobre las orillas fangosas del lago que entra hasta Xochimilco,

Jorge Belarmino Fernández

con la época de lluvias bien avanzada. Es un paso que todos juzgan impracticable para la artillería y que estrellaría a los invasores contra los pedregales.

En cambio la ciudad está descaradamente abierta por la línea oriente y norte, dirección que sigue el camino de Puebla. ¿Cómo cubrir, con la gran falta de tiempo y recursos, un flanco de muchos kilómetros de extensión, con multitud de sendas que conducen a las calzadas principales: Iztapalapa, La Viga, San Antonio? Los treinta mil hombres con los cuales se cuenta son insuficientes.

Se resuelve que la clave está en el Viejo Peñón, la mayor estribación sobre ese lado del valle. Convirtiéndolo en un baluarte se evita el avance hacia el norte y se domina buena parte de los llanos del este. No basta con ello, desde luego, y es necesaria una cadena de fortificaciones, desde el pie del lago hasta donde la influencia del cerro se pierde. Es decir, de Mexicalcingo hasta Niño Perdido.

Dos fuertes columnas móviles, el Ejército del Norte —con cuatro mil hombres— y la caballería al mando del general Juan Álvarez, quedan libres para apoyar los puntos atacados y caer sobre las espaldas de los invasores. La posición no es enteramente favorable y tendrá que resistir a diez mil efectivos estadounidenses bien pertrechados, sin derrotas en su haber en estas tierras. A pesar de ello la absoluta mayoría, de oficiales a pueblo, parece convencida de que hay muchas posibilidades de triunfo.

La lucha contra los gringos: 1847.

Cuando a las dos de la tarde del día 19 un cañonazo anuncia el acercamiento de los de Scott y se toca *La generala*, la plaza mayor se carga de pueblo en un momento, animada por docenas de campanas que juegan a contestarse. Las bandas de las compañías se suman al alboroto y a punta de vivas la población se desparrama por las calles acompañando a las tropas hasta el Peñón, que para entonces es la gran feria, a la cual siempre está preparada una capital abundante en ingenios.

Como en cualquier espacio público de la ciudad, donde hace más de tres siglos nada es tan natural como el comercio callejero, en menos que toma pensarlo, el pie del cerro se atiborra de tenderetes y las familias, en hormiguero, se reparten entre pulquerías improvisadas con barriles rezumando espíritus de tuna y piñón, puestos de tamales de dulce, de chile y capulín, o de “bollitos, ponteduras, muéganos, pinoles y garbanzos tostados”, o de aguas de la más rica variedad de frutas. Allí desemboca la marcha informal iniciada en el que todavía no es conocido como Zócalo, creciendo por las acequias de los lados con las trajineras que cambian su carga cotidiana de verduras por ramilletes de gente embriagada de sí misma, de su tumulto, y del trinar de las jaranas en fandango.

La vista del valle, desde la cumbre del Peñón debe ser espléndida en la tarde de luces húmedas y cristalinas del verano, de la región más transparente del aire que así, a vuelo de pájaro, ocultará sus miserias. Hacia el pleno sur, dice Prieto, hay “frondosas ar-

Jorge Belarmino Fernández

boledas entretejidas con huertas”, un salpicar de pueblos indígenas, y bosques y parcelas entre las aguas. De este lado, descollando sobre los árboles, San Ángel y Tacubaya, sementeras (sembradíos), molinos y haciendas. Al noroeste “las innumerables poblaciones” entre Azcapotzalco y Tacuba, y al torcer un poco la cabeza, pasando por encima de las tristezas, el recato de La Villa con su camino de Misterios.

De súbito, a mitad de una misa ordenada ceremoniosamente en la coronilla del cerro, los clarines vuelven a llamar, y lo acumulado por días, —entusiasmos y temores—, se precipita con los soldados, las guardias nacionales y las soldaderas buscando a toda carrera su lugar. En un minuto una bofetada atraviesa el valle. Las columnas de polvo de los estadounidenses no dejan duda: no intentarán entrar por el oriente, sino precisamente por donde era seguro no podrían: rodeando los lagos, hacia el sur. Sus movimientos durante los dos días a continuación confirman el error de cálculo mexicano: los recursos de ingeniería del enemigo le permiten trasladar los cañones sobre el lodo.

La marcha de los batallones desalojando el Peñón, ahora fortificación inútil, es un golpazo a la conciencia de los capitalinos, quienes vuelven a los tonos lúgubres mucho mejor conocidos que los de la alegría, entre un silencio cuya amargura subraya el andar de miles de hombres, de animales y carros, y el remiso levantar de los puestos callejeros.

El fracaso de los preparativos aviva los rencores entre los comandantes y sus arañazos por el poder.

La lucha contra los gringos: 1847.

¿Quién hace, en verdad, a Quinceñas?

A fines de 1844, regresado de su exilio luego del fracaso en Texas, Santa Anna se decide a un primer, atropellado intento por crear una dictadura. Generales y políticos lo intuyen y terminan convenciéndose cuando él apela a ese gesto suyo que ya no esconde secretos: retirarse a su hacienda, esta vez envuelto en el genuino drama por la muerte de la esposa. Los historiadores contemporáneos no dudan de que, en medio del duelo, el otra vez presidente se ha dado tiempo para encargarse del reparto en la capital del país, de papeles reclamando la disolución del “inútil congreso” que lo obstaculiza.

Para entonces ha aprendido lo que otros de su especie no están decididos a aprender: el poder cuesta. A él una pierna, la ignominia de ser detenido por sus vencedores texanos y cargar con el rumor que lo disfraza de mujer en su inútil intento de huida; ser recibido en Washington, donde Houston lo envía, como director de la peor opereta, conocer la expatriación. Ahora tendrá oportunidad de ver hasta dónde llega la voluble opinión pública que ayer lo aclamaba, cuando se presenta en la ciudad de México y dicta medidas para hacer a un lado todo límite a su autoridad.

En días la conspiración en su contra se resuelve y “canalla”, presa de la ira, lo busca sin resultado y cambia su cabeza por su pierna, que desentierra del

Jorge Belarmino Fernández

mausoleo en el cual ha sido sepultada con los más altos honores, para arrastrarla en fiesta por las calles, mientras él busca por segunda vez el exilio. Un exilio que, sin embargo, de ser como el anterior, hará las veces de un mutis magnificado.

Y así ha sido, como parte de un fenómeno a primera vista difícil de entender, que es el mejor síntoma del creciente deterioro del país y que en un par de años premiará los descabros de 1846 y 1847 con, al fin, una presidencia vitalicia y sin controles. Es decir, el lugar personal para don Antonio y el régimen político que se diría, los Estados Unidos vienen fraguando hace décadas para el país.

Un escritor e historiador mexicano está convencido de que es “en el extranjero” donde germina “la fábula del militarismo mexicano”, extendida desde nuestra independencia, y la visión de Santa Anna como una figura dictatorial ya en los años 1830’s. Estas imágenes acompañan la idea de “salvar a los mexicanos del despotismo”, que justifica “mañosamente, bien las invasiones —ya políticas, ya económicas, ya militares—, bien los destroncamientos del territorio nacional”. Y la Unión Americana ha tenido un papel determinante en el juego.

Durante la intervención, Polk avanza en este otro rasgo característico de la futura política internacional estadounidense: hablar a nombre de la defensa de la democracia para golpear a las fuerzas democráticas. Lo ha hecho ya en 1845, al obstruir los

La lucha contra los gringos: 1847.

esfuerzos para un acuerdo gobierno liberal moderado de Herrera, despejando el camino al golpe de los conservadores de Paredes.

Luego, apenas desembarcar en Veracruz, cuando los puros y las asambleas populares de la capital de la República se empeñan en la expropiación de los bienes de manos muertas, Scott lanza un mensaje a la población de México asegurando que viene a combatir “el monarquismo”.

Entretanto el agente de Polk, ante “el temor de que el clero predicara una “guerra religiosa” contra los invasores, se acerca a la Iglesia asegurándole que se la respetará en todos los sentidos, e informa de haber convencido a los obispos de Puebla, Guadalupe y Michoacán, de no contribuir “con fondos para la guerra” y hasta de enviar un mensajero, Santa Anna, para detener el avance que conduce a La Angostura.

El agente afirma también que la rebelión de los Polkos ha sido iniciativa suya, al urgir “a los obispos para que opusieran una resistencia civil” al proyecto expropiador de Gómez Farías, y animarlos a contribuir con cuarenta mil pesos, a fin de que la revuelta se sostuviera hasta el regreso de Santa Anna al Distrito Federal. Poco después un nuevo y más alto comisionado asegura haber comprado el compromiso del propio general presidente, de no hostilizar la línea de Scott entre Puebla y Veracruz, y dejarlo en libertad para seguir hasta el Valle de México.

Nada comprueba uno solo de estos asertos, cuyo objetivo parece el de crear una atmósfera enrare-

Jorge Belarmino Fernández

cida en el momento, y sembrar dudas a la historia para justificar la política de la Casa Blanca, ante un México institucional irrescatable de principio a fin, con el cual los Estados Unidos pueden jugar al antojo.

En algún seguro lugar de la memoria

Una habitante de la ciudad de México del siglo XXI sube una mañana de agosto a su camión, su colectivo o su auto en Cuatitlán Izcalli o Ciudad Azteca, digamos, en dirección al trabajo, la escuela o el mercado. Como en película se le vienen a la cabeza antiguos pueblos indígenas empobrecidos por el tiempo, unos cuantos cascos de haciendas y ranchos poco prósperos, entre milpas tiradas por los lodazales en que se convierten estos lados en tiempos de agua, y bajando la cuesta en la cual se soluciona la sierra norte del valle, encuentra La Villa con la mirada. No sabe el número pero ve las columnas con cuatro mil soldados, que a caballo y a pie, arrastrando maltratados carros de artillería, van que las lleva el diablo hacia el sur. Son lo que queda de lo más curtido de las tropas nacionales, el Ejército del Norte, apoyado por milicias estatales.

Del otro costado de la ciudad, no mucho después, otro capitalino que viene de Tlalpan o baja del Cerro del Judío o de los rumbos de Contreras o Las Águilas, sobre caseríos risueños, huertas y parcelas que florecen de gusto, buscando la frescura de escurrideros cuyas descargas van a los ríos de

La lucha contra los gringos: 1847.

Churubusco y Mixcoac, ve la tolvanera levantada por el mismo contingente, que no se detiene, como dicen con claridad sus instrucciones, en la villa de San Ángel y sigue rumbo a los pedregales.

Quien va al frente es el general Valencia, que en diciembre de 1845, llamado en apoyo del gobierno se sumaba al golpe de Paredes y que ahora ordena a sus tropas hacer alto cerca del rancho de Padierna, a unos centenares de metros al oriente del camino a Contreras. Al pie de los pedregales, pues, donde el suelo no se queda quieto, salta a cada paso entre los afilados, irregulares restos de las erupciones de lo que alguna vez fue un volcán, y se precipita en inesperadas quebraduras. El vecino o vecina de principios del tercer milenio, empezando a saber por qué la zona lleva el nombre que lleva, tiene ahora ante sí a uno de esos hombres deseosos de erigirse en árbitros del país de 1847, cuyo ropaje copia a un pavo real.

A la manera de un gigante en lo alto de la especie de monstruo que bufa, mira torvo desde un par de ojos enrojecidos por la marcha y no se queda quieto sudando adrenalina por los cuatro costados, en el cual se convierte el caballo de un militar. El hombre se sabe dueño de tantas vidas como decida, de quienes en la cola de la infantería en muchos casos no llevan chaqueta y andan a huarache entre piedras que son más bien cuchillos.

Valencia baja al rancho y observa un ramal del camino de Peña Pobre desviándose hasta allí. Vaya uno a saber cuáles son sus pensamientos, el hecho

Jorge Belarmino Fernández

es que ordena comunicar a Santa Anna que no sería adecuado presentar batalla en el lugar, pero no se marcha y revisa el punto y sus alrededores. Cerca, al sur, hay una elevación, destacando sobre las otras que empiezan a trepar los cerros, a la cual hace siglos llaman Cuahutitla. Para llegar a ella, una ancha herida en la tierra que desde Contreras abre el cauce del río Magdalena. Más allá la comunidad de San Gregorio reverdeciendo en las milpas a su alrededor, y otro rancho muy modesto, el de Anzaldo. Éste está sobre el camino a Peña Pobre, que el general recorre hasta cerca de su nacimiento, por donde se sabe andan los invasores.

Regresa, ordena fortificar las alturas de Cuahutitla y situar al grueso de sus tropas abajo. Otra parte se instala en el propio rancho de Padierna, y el resto, la necesaria reserva de cualquier batalla, va a dar a San Gregorio-Anzaldo, para moverse en apoyo del punto principal o evitar que el enemigo se posesione del camino a San Ángel, asalte el cerro de lado y corte la ayuda que debe llegar de la ciudad. Es decir, sigue las reglas de los combates de la época: tener un centro fuerte que domine el campo y que el ejército contrario se vea obligado a tomar, y obstaculizar el avance de éste hacia los costados y las espaldas. Entretanto envía un nuevo mensaje a Santa Anna para informarle de su cambio de decisión.

Hay que imaginar el brutal escándalo levantado con estos preparativos, entre columnas que buscan su lugar, espadas y bayonetas que chocan al compás del

La lucha contra los gringos: 1847.

paso contra las piedras, mulas y soldados que arrían trabajosamente los cañones, cascós y bufidos de caballos, órdenes y quejas a diestra y siniestra.

Al poco se acerca un jinete a todo el vuelo que permiten estos lados, para entregar un sobre al general. El breve documento dentro lo firma Santa Anna, encolerizado por el acto de abierta indisciplina, que contraría sus planes de detener a los estadounidenses por donde está convencido procederán: hacia la calzada de San Antonio, directamente desde Tlalpan. En el mensaje ordena el repliegue inmediato sobre Coyoacán, pero Valencia responde confirmando su resolución, seguro ahora de que columnas contrarias se dirigen justo hacia donde él esta, y de que la posición es a modo para el combate.

Los dos tienen razón a su manera, porque los planes de Scott son, en efecto, operar sobre San Antonio, pero una porción de sus tropas avanza hacia el poniente para ser empleada en un posible ataque combinado o para abrir un segundo camino hacia la capital, evolucionando sobre San Ángel-Tacubaya-Chapultepec. Los dos tienen razón, decimos, pero los dos cometen actos inconcebibles en otro ejército del mundo. Primero es Valencia, quien al desobedecer las órdenes rompe la unidad que es requisito mínimo para enfrentar al enemigo. Después la futura Alteza Serenísima, quien en este momento está a punto de ir con sus tropas a disciplinarlo y que enseguida hará lo que hasta los más comedidos historiadores militares no pueden calificar sino como una extraordinaria

Jorge Belarmino Fernández

vileza. Actos inconcebibles y viles cuyo resultado inmediato es la inútil muerte o la incapacidad de por vida de miles de hombres, y la puesta en entredicho de la ciudad, contribuyendo decisivamente a la derrota final.

Mientras el oscuro juego se desarrolla, las columnas enviadas por Scott hacia San Ángel irrumpen en Padierna con un plan de ataque que se improvisa con los informes de sus avanzadas, y frente a los de Valencia, una mancha de uniformes azules se desparrama como una enfermedad, anunciando la muerte.

Calculemos lo que sucede en Padierna y sus alrededores, dominados por el apiñarse de sombrías rocas transfiguradas por los rafagones de la artillería, cuyos efectos allí deben ser particularmente terribles, ya que cada explosión se convierte en una gran cantidad de los más filosos proyectiles, entre accidentes sin cuento en que tales y cuales caballos se niegan a franquear la próxima piedra o tropiezan, un cañón resbala, las municiones amenazan escabullirse por un resquicio, los hombres que echan marcha atrás no siempre consiguen sortear la trampa de las grietas...

No reproduciremos el combate que la tarde del primer día se da entre el agua cayendo a cántaros. Recordemos sólo que al poco de iniciarse, Santa Anna y sus tropas se acercan al lugar. Los clarines con los cuales se anuncian hacen lanzar *Vivas* a los soldados de Valencia. El general-presidente y sus hombres suben a

La lucha contra los gringos: 1847.

lo alto del cerro del Toro, a unos cuatro kilómetros, que los protege de una acción en su contra y les permite observar en toda su amplitud el campo de batalla. Contemplándolos, el Ejército del Norte y las milicias estatales no tienen duda de que la victoria es suya.

El Generalísimo dirá al día siguiente que comprobó entonces “la fatal posición de Valencia”. Con ello iniciará una cadena de excusas y mentiras. Según él, “aunque me esforcé en reunirme” con los de Padierna, “no me fue posible, estando cortado por el enemigo”; que trató de encontrar pasos pero no los halló, y que “enseguida una tempestad horrorosa, acompañada de copiosa lluvia, me obligó a disponer que la infantería se abrigase de inmediato”. ¿Guarecerse de la tormenta mientras a un lado lo más selecto de su ejército, —incluidos muchos oficiales afectos a su causa—, está a expensas del enemigo? ¿Cuidar a sus columnas de un aguacero, cuando cien veces antes las ha hecho atravesar los peores parajes del país sin reparar en nada?

En este juego de infantiles y criminales mentalidades que se divierten con el destino del país, al llegar la noche Valencia, invirtiendo los papeles a manera de aparecer como el real comandante en jefe, escribe un parte que apesta de falsedades: “tengo el alto honor de participar a V.E. que he puesto en vergonzosa fuga a los invasores”; quienes en realidad lo han franqueado, ganándole las espaldas para colocarse en San Gregorio. Y más dice una hora después: “he

Jorge Belarmino Fernández

rendido a los miserables restos de los estadounidenses que alcanzaron San Gregorio”.

Con el nuevo día Santa Anna se retira del lugar abandonando a sus compañeros a una inminente derrota, que viene en la forma del infierno de seis mil efectivos de Scott destrozándolos aquí y allá, con la ayuda, por segunda vez en esta guerra, de otro de los próceres de la patria, el general Torrejón, quien ahora no sólo se desentiende de la acción, como en las proximidades de Matamoros y en Monterrey, sino que de plano se pone en fuga, atropellando con su caballería a los soldados de a pie.

Allí quedaba la locura de Valencia y no él, que conseguía escabullirse hasta su tierra natal. Y también lo mejor de la fuerza armada mexicana, sobreviviente de las equivocaciones, el hambre, la falta de parque, a lo largo de más de tres mil kilómetros de campaña. Cuando al amanecer los soldados vieron venir la carga definitiva, todavía voltearon la mirada esperanzados en recibir una ayuda que la noche anterior estaba a un paso.

Prácticamente todos los expertos militares están de acuerdo en la conclusión de uno de ellos: “Yo creo que el plan defensivo de Santa Anna era bueno y que su ejecución habría salvado a la capital; pero creo también que el auxilio eficaz —posible y debido, a mi juicio— de Santa Anna en los campos de Padierna, habría impedido nuestra derrota, determinando un triunfo y dando muy diverso y favorable curso a la campaña”.

La lucha contra los gringos: 1847.

Churubusco. 14 de agosto

Inmediatamente después de lo de Padierna, Santa Anna ordena que a marchas forzadas el entero de sus fuerzas se repliegue sobre las garitas o entradas fortificadas de la ciudad. Apenas hay tiempo, porque las divisiones de Scott cargan enseguida por varios rumbos, tiroteando las retaguardias mexicanas.

El movimiento en su conjunto conduce a la misma calzada por la cual Cortés entró a Tenochtitlan. Y más en concreto, a un puente que se levanta allí, hacia la confluencia de varias veredas y caminos, sobre el lecho de un río que a pesar del tiempo de aguas lleva poca carga: Churubusco.

La situación es caótica y el comandante mexicano enérgico: en el puente y el convento cercanos debe establecerse una posición que defienda la retirada general. Le parece que como él mismo se situará un poco más adelante, para evitar al enemigo el rodeo de los dos puntos, basta con un par de cuerpos de la Guardia Nacional, con un batallón regular, tres piquetes de milicias provinciales y de algunas de las compañías de San Patricio, para detener al grueso del ejército invasor.

No hay manera de evitar la impresión de que el veracruzano, obligado a sacrificar una parte de sus tropas opta por los cuerpos que menos le interesan, o que por su condición, está seguro resistirán hasta el último extremo: los civiles voluntarios, especialmente

Jorge Belarmino Fernández

los de extracción popular, y los desertores del ejército estadounidense.

O'Reilly y la parte de los suyos designados para la tarea, llegaron al puente el día anterior, procedentes del centro de la ciudad. Su armamento deja mucho que desear frente al del enemigo: "Los Saint Patricks acostumbraban llevar mosquetes con cascos de 19 adarmes. Eran los viejos Brown Bess", una grande y pesada arma inglesa.

Están allí, en el puente, con el batallón de regulares mexicanos que ha quedado, para servir y sostener una batería de seis piezas. Nada más que seis piezas, amparándose en una fortificación de buena altura, pero poco sólida para cubrir el frente y los flancos.

A sus espaldas los protegen el canal del río y las zanjas más o menos profundas hechas entre las sementeras. En realidad están solos, pues las condiciones no permiten establecer una real línea con el convento. ¿Cuánto pueden aguantar la carga que se les viene encima? Por enfrente llega un cuerpo completo de infantería, y siguiendo sus pasos, un segundo. Por los flancos, dice el oficial Garland, "mi brigada penetró en una sementera; enfrente y a la izquierda de la obra del puente, y al alcance de la fusilería, hice mover al tercero de artillería al abrigo de los sembrados, oblicuamente al camino. El segundo de artillería fue enviado a la derecha, para sostener a los asaltantes. Se me unió el cuarto de infantería,

La lucha contra los gringos: 1847.

y el mayor Lee fue enviado a ocupar la extremidad derecha de nuestra línea”.

Antes de generalizarse la acción, Santa Anna se da cuenta de los extraordinariamente pobres elementos del lugar y manda retroceder a una de las brigadas que van con él. Para entonces las Guardias Nacionales de la ciudad y los tres piquetes de milicianos de otras regiones que defienden el convento desde sus alturas, desde los parapetos exteriores parcialmente terminados y desde un par de casitas de adobe, con siete cañones de diversos calibres, ven acercarse al enemigo protegido por árboles, milpas y chozas. Los defensores cuentan pues, entre ambos puntos, con seis mil hombres y algunas piezas de artillería.

El primero que sufre es el puente y “dos líneas de humo se marcan en el aire”. Las tropas del convento que miran hacia el oriente apoyan a sus compañeros tanto como les permite su propia situación.

La información es confusa. ¿Es ahora que una parte del San Patricio pasa al convento, o más tarde, cuando los del puente son finalmente arrastrados? “El enemigo, después de reñida lucha de hora y media, cedió el terreno”, se lee en el parte del día de los de Scott. Los resultados inmediatos son la toma de tres piezas de batalla, municiones en abundancia y 192 prisioneros. “Entre ellos —dice el segundo en el mando estadounidense— 17 desertores norteamericanos con el uniforme mexicano, que servían de artilleros.”

No se conoce la cifra de muertos. Los demás, “perseguidos de cerca, se retiraban por la calzada o

Jorge Belarmino Fernández

se dispersaban hacia Mexicalcingo y el Peñón”. Los que toman la calzada se ven envueltos enseguida en una segunda acción. Momentos antes Scott avanzó un trecho en dirección a la ciudad y aprovechó para intentar rodear al convento. “Santa Anna, viendo este nuevo movimiento, llamó fuerzas de las que se retiraban a San Antonio Abad, y acudió en persona a Portales.”

Es allí donde llegan ahora los del puente. ¿Incluido O’Reilly y la mayoría de sus compañeros que han sobrevivido? ¿Es entonces cuando son enviados para reforzar al convento?

Hay algo realmente conmovedor en los defensores del puente y, sobre todo, del convento. Conmovedor y cargado de significados. La memoria mexicana de la época elevará esta batalla a niveles que no alcanza ninguna otra. Sin duda porque los defensores están destinados al sacrificio, en razón de su apabullante desventaja frente al contrario. Pero también porque este es uno de los pocos momentos en los cuales no sólo las tropas y la mayoría de los oficiales, sino sus mandos, no dudan, no recelan entre sí o no se entregan, advirtiéndole al enemigo que debe andarse con cuidado si la invasión desborda a las instituciones mexicanas y deja frente a sí a las milicias civiles. Un momento ejemplar, para servir de enseñanza al futuro.

El ataque se inicia poco antes del mediodía: “Favorecido el enemigo por las milpas que lo ocultaban, se presentó a muy poca distancia por el frente y por

La lucha contra los gringos: 1847.

los dos flancos”. La primera carga procede de la explanada de la izquierda. “Para ahorrar municiones, se dio orden de disparar cuando el enemigo estuviera muy cerca.”

A pesar de dificultades inesperadas, los defensores rechazan a una infantería estadounidense confundida por las bajas que sufre y cuya bandera recibe veintidós balazos. “El enemigo redobló sus esfuerzos.” Y otra vez fracasa. Pero para entonces la acción se ha combinado sobre tres lados. Los fusiles llevan buena parte del peso de la defensa del convento y apoyaban a sus compañeros del puente. Los lugartenientes de Scott concentran su atención sobre ellos. En especial, sobre quienes dominan las alturas. Por más de dos horas, hasta la caída del puente.

Los San Patricios ocupan ahora los redientes y cortinas del frente a la izquierda, fortificados. En ese momento las fuerzas que operaban sobre el puente se vuelven sobre el convento: “El coronel Duncan trajo dos de sus piezas a corta distancia de uno de los frentes y las asestó contra la torre, que había estado llena de algunos de los mejores tiradores del enemigo”.

De ocho a nueve mil hombres se emplean contra los defensores y pueden “envolver con entera libertad el convento por el lado sur”. Para entonces el armamento de los mexicanos ha mermado considerablemente. “Los cartuchos de quince adarmes, calibre de nuestros fusiles —recuerda el general Anaya—, se consumieron todos; no había más piedras de chispa que las puestas...

Jorge Belarmino Fernández

Dos piezas de artillería se desfogonaron, y para el resto sólo quedaban unos cuantos tiros.”

Se solicitan a Santa Anna balas, pero las que llegan son de calibre mayor al de la mayoría de los mosquetes. Sólo sirven a las armas de O’Reilly y los suyos. Mientras, muertos y heridos son llevados al interior de la iglesia.

Lo que falta es cosa de media hora o menos. Un grupo de Guardias Nacionales trata inútilmente de romper el centro de sus sitiadores: “El ataque se concentró en el fortín de la derecha, que estaba casi desartillado. Recibí orden de reforzarlo con las piezas del centro —escribe un protagonista. Pero apenas habían sido enganchadas, vimos con horror que por la izquierda y por el reducto del camino, el enemigo saltaba y entraba a bandadas sobre nosotros”.

“Al fin, fue preciso replegarse al interior del edificio” y los San Patricios, los únicos con municiones, sufren gran número de bajas. Todo está perdido, pues, pero según algunas fuentes ellos se esfuerzan todavía. “Se reportó que los mexicanos trataron de levantar la bandera de rendición por tres veces, pero que los San Patricios no se los permitieron”, asegura un oficial de Scott. No se sabe cuánto hay de cierto en ello y en todo caso resulta en balde: “A las tres y media de la tarde, todo había terminado”.

“El general Rincón, jefe del punto, y otros dos generales con 104 oficiales y mil 155 soldados, cayeron en nuestro poder”, reporta uno de los generales estadounidenses. Las bajas: “136 muertos y 99 heridos”.

La lucha contra los gringos: 1847.

Para los invasores el costo de los combates del día es el más alto hasta entonces: “Muertos: 14 oficiales y 123 soldados. Heridos: 65 oficiales y 814 soldados”.

Treinta y cinco compañeros de O'Reilly y Kelley han perdido la vida, y contados los que se aprehendieron en el puente, 72 caen en manos de sus antiguos y encolerizados correligionarios: “Costó trabajo detener a nuestros hombres, para que no los mataran allí mismo”.

Cuando se los alinea para ser conducidos al cuartel general de Scott, no pueden esperar más que un destino.

Fuera máscaras

Ni siquiera al posesionarse de los campos al sur de la capital, que constituyen la mayor parte del valle, la ciudad está ganada por necesidad para unos invasores que si bien son ingeniosos y disponen de muy superiores apoyos económicos y tecnológicos, tienen serias debilidades en múltiples aspectos. Sin embargo la situación de los defensores es a tal punto comprometida, que sólo puede salvarla un gran despliegue de inteligencia y valor por parte de la dirección política y militar. Y este despliegue resulta simplemente inconcebible.

Santa Anna, tal vez el menos obtuso de nuestros generales, es la mejor representación de la casi infinita pobreza de las instituciones nacionales: un hombre que hemos visto comportarse de una forma cada vez

Jorge Belarmino Fernández

más torpe o más ruin, sin imaginación para obligar a Scott a cumplir la fanfarrona amenaza de que traerá a cien mil hombres.

El hecho es que se pacta una suspensión de hostilidades para negociar el fin del conflicto.

Sin decirlo hemos seguido a Polk como un adelanto del George Bush hijo de principios del siglo XXI. El trato es arbitrario pero responde a una preocupación genuina: preguntarse por la forma en que el sistema de gobierno de los Estados Unidos violenta las relaciones externas e internas sin que la historia patria estadounidense de cuenta de ello.

¿Cuánto golpea la política del Señor Guerra a lo mejor de la Unión Americana? ¿Atenta, por ejemplo, contra la renovación espiritual encarnada por Emerson, Thoreau y demás? La agregación de Texas avala la extensión de la esclavitud y quizás también, voluntaria o involuntariamente, el oscurantismo sureño que la acompaña. El tema mayor es, sin embargo, la forma de deshacerse de pruritos morales al llevar al extremo el expansionismo que caracteriza a su nación. “Ensancha sus límites, los de los Estados Unidos, equivale a extender el dominio de la paz sobre territorios adicionales y sobre millones de habitantes. El mundo no tiene nada que temer de la ambición militar de nuestro gobierno”, declara con desparpajo.

Contemplando la obra del mandatario un legislador pierde toda compostura al gritar en la Cámara: “Si yo fuera mexicano, os diría: ¿No tenéis espacio en vuestro país para enterrar a vuestros

La lucha contra los gringos: 1847.

muertos? Si venís al mío, os saludaremos con manos sangrientas y seréis bienvenidos a hospitalarias tumbas”.

Nada detiene, sin embargo, a Polk y ahora, todavía manteniendo en silencio sus intenciones ante la opinión pública, da un paso más en el discurso que seguirán muchos de sus sucesores. Con absoluto aplomo su representante especial insiste ante el gobierno de Santa Anna que los Estados Unidos no han hecho sino repeler la agresión de “tratar de subyugar a Texas”, y si luego México ha sufrido “una guerra de invasión no lo es de agresión”.

Por lo tanto nuestro país ha de reparar los gastos de ella y así se elevan de manera sustantiva las indemnizaciones demandadas con anterioridad, por afectación a ciudadanos estadounidenses. Y como no se tiene otro modo de cubrirlas, el país debe pagar con Nuevo México, el norte de Sonora, la Alta y la Baja Californias y el derecho de tránsito a través del Istmo de Tehuantepec, y con la aceptación de que las fronteras texanas lleguen hasta el Bravo.

El argumento es tanto más abusivo y aberrante, por cuanto México ha cedido ya en aspectos fundamentales. Manuel Otero, de nuevo representante en el congreso, detalla esta historia desbordado por la indignación:

“Las negociaciones diplomáticas que se siguieron del 21 del pasado (agosto) al 6 de éste (septiembre) me parece ponen a la luz, cuál es el carácter de la presente guerra, y disipan todas las

Jorge Belarmino Fernández

ilusiones que hubieran podido formarse sobre esta cuestión. Antes de ellas la contienda actual aparecía ante el mundo como una disputa territorial en la que cada una de las partes contendientes presentaba sus títulos, por más que fuesen de mala ley los de nuestros enemigos...”

“Los hechos históricos más incontestables y razones de justicia patentes, han hecho que no sólo los hombres justos de todas las naciones, sino los escritores más ilustrados y los hombres públicos más eminentes del pueblo americano, reconozcan la agregación de Texas, meditada, dirigida y consumada por nuestros vecinos con violación de los tratados, como una obra de rapiña e inequidad...”

“No debe comenzarse por esta consideración, sino para inferir que la cuestión se ha reducido siempre... a Texas, y sólo a Texas... El resto de nuestro territorio no ha sido disputado en verdad, y por más de un acto lo han reconocido así constantemente los Estados Unidos... (Estos), protestando a la faz del mundo que en manera alguna desconocerían nuestros derechos ni abusarían de las ventajas que han obtenido, el simple sentido común dicta que siendo toda propuesta de transacción un medio por el cual ambas partes ceden algo de sus pretensiones... contraían el empeño de proponernos un arreglo en el que algo cederían de su pretensión al territorio de Texas...”

“Y todo esto ha desaparecido para dejar ver la realidad de la cuestión... En el curso de las

La lucha contra los gringos: 1847.

negociaciones el gobierno mexicano llegó a resignarse no sólo con la pérdida de Texas, sino también con la enajenación de la Alta California... y aún ofrecía dejar para siempre inculto y despoblado el importante territorio que hay entre las Nueces y el Bravo...”

La desesperación de los políticos estadounidenses que apelan a los principios de “la primera nación de hombres libres”, adquiere forma de gran drama cuando en medio de un encendido discurso Quincy Adams se desploma, muerto, sobre su curul².

Entonces deben escucharse las palabras de Jefferson, temblando “por mi país cuando pienso que Dios es justiciero y que su justicia no puede dormir siempre”, y Thoreau, después del día en la cárcel por negarse a pagar impuestos en protesta por la intervención, publica el *Ensayo sobre la desobediencia civil*, que se convierte en un libro imprescindible en las bibliotecas de quienes en diversos lugares del planeta combaten al autoritarismo.

27 de agosto

El cese al fuego establece que ambos ejércitos deben mantener sus posiciones y permite al de Scott hacer compras en la propia ciudad. Sin información de ello, en la mañana de este día el pueblo de la capital no cabe en su sorpresa al topar en las calles a cien carros del enemigo. ¿Qué sucede? La gente deja sus

2. El momento es real, pero no se produce ahora sino poco antes.

Jorge Belarmino Fernández

quehaceres y se apelo-tona en las avenidas de la Plaza de la Constitución, recuerda Prieto:

—¡Es un descaró! ¡Ayer nos andaban matando y ahora quieren que les demos de comer!

—De acuerdo al armisticio tienen derecho a abastecerse en nuestros mercados —dijo el oficial de los lanceros enviados por el gobierno para proteger los carros.

—¡Antes que venderles, tiramos la mercancía!

Y las puesteras se ponen a lanzar jitomates y cebollas. En un segundo una bandada de “pirinolas” de entre seis y doce años las imita y les muestra una mejor manera, con piedras. Una con buen tino tumba a un carretero estadounidense y los lanceros se echan sobre la mujer que la arrojó.

—¡Lo he querido matar! ¡Y los mataría a todos!

—gritaba con frenesí, jaloneada por los uniformados.

—¡Por ellos he perdido a mi hijo!

La lluvia de proyectiles arrecia entre acusaciones a los soldados y al gobierno, y los carros tienen que dar la vuelta apresuradamente. Desde este momento, para proveerse Scott debe usar los transportes de los almaceneros al amparo de las sombras, guardándose de no ser descubiertos. Hasta la noche en que la gente, de nuevo con las mujeres y los niños a la cabeza, ubica sus bodegas en la plazuela de San Juan de Letrán y las saquea.

La lucha contra los gringos: 1847.

6 y 7 de septiembre

A principios del tercer milenio semanalmente millones de capitalinos y de visitantes de otros estados siguen encontrando en el viejo Chapultepec el mejor lugar de recreo. Más o en menos todos son conscientes de andar entre las huellas del pasado. ¿Les dice algo el burdo, ostentoso monumento a la entrada, en el cual se representa a los siete cadetes del Colegio Militar?

En 1847, quienes de una u otra manera han participado en los hechos, se extrañarían de que el grupo de muchachos simbolice la resistencia a la intervención. Sí, participaron en la inútil defensa, en los instantes finales —según se sabe por los relatos de los defensores del Castillo y por la entrevista a uno de sus compañeros.

Pero los nombres que andan de boca en boca por la ciudad tras los cinco días en los cuales se produjeron los dos asaltos de los invasores, son otros: Lucas Balderas, Margarito Suazo, el teniente Xicoténcatl...

Otero, Ramírez y, sobre todo, Prieto y Ocampo, que tendrán un lugar de primera línea en la Reforma, sin duda estarían de acuerdo en la necesidad de crear íconos que contribuyan a la conciencia de una nación que se crea muy poco a poco y que en esta guerra parece en peligro de desaparecer. Y tal vez consideren prudente la elección de los cadetes, para reivindicar a un ejército de carrera cuyos grandes representantes de la época son deleznable: Paredes, Ampudia—el

Jorge Belarmino Fernández

del armisticio en Monterrey—, Santa Anna, Valencia, Torrejón y su caballería.

Incluso ellos despreciarían, sin embargo, esta burda manera de hacerlo, que diciendo rescatarla oculta a la historia —incluidos Escutia, Márquez y los demás. ¿No traduce la mole de piedra justo lo contrario que debiera? ¿Dónde descubrir allí, por ejemplo, los horrores de esos días entre el 8 y el 13 de septiembre?

Son horrores no de mayor magnitud ni de más graves consecuencias que los del año y miedo previo. Si ahora tratamos de imaginarlos de cerca, a través de tres o cuatro protagonistas de la primera acción, es para recordar lo más olvidado. Lo hacemos apelando a lo que está a la mano de los visitantes del Bosque del siglo XXI: un panorama del valle que la modernidad, con sus gigantescos edificios, no ha conseguido borrar, y el recuerdo de los cuadros vistos en el interior del museo. Con ello pueden hacerse una idea del extraordinario espectáculo que se contempla desde el patio en los primeros días de septiembre de 1847.

Es un espectáculo que entonces tiembla en los ojos y en los cuerpos de los encargados de la defensa del lugar, porque los movimientos de las columnas estadounidenses introducen un suspenso de muerte, comparable, pongamos, al que produce el cerco de una manada de coyotes, cuyos planes y modo de actuar son tan indescifrables como claro es su objetivo.

Ahí están los defensores a merced de lo que Scott decida, en un campo plenamente abierto en

La lucha contra los gringos: 1847.

una de sus mitades, en el cual se insinúan las muchas, posibles direcciones, quizá simultáneas, de un ataque. Las consideradas como protecciones —la altura del cerro, la densa arboleda, el edificio fortificado— en un descuido servirán para hacer una trampa sin salida.

Contra una incertidumbre semejante es contra la que parece luchar Santa Anna. Merced a sus ruindades y las de Valencia, los invasores tienen ahora todo a su favor para jugar con el factor sorpresa. ¿Irán a la ciudad por San Antonio y Niño Perdido—el camino más recto y contundente—, o por donde amagan las fuerzas cuyos desplazamientos se siguen con la vista desde el Castillo? Por supuesto, el general no comparte la fe ciega de los y las capitalinas de los tiempos (quienes lo tienen por una fortaleza insuperable) en Valencia. Él, como cualquier militar, entiende que a pesar de sus virtudes puede vencerse con los recursos estadounidenses. De todas formas insiste en que la primera alternativa del enemigo es la otra, la de San Antonio, y que los de esta parte, en el día 6 que vemos correr, son movimientos de distracción.

Quienes están en Chapultepec no piensan igual y temen que, si las circunstancias no cambian, la derrota resulte inevitable. Los destinados a las obras de defensa comprenden que no habrá tiempo de completar la ancha zanja destinada a circundar la reja exterior; que no bastan los parapetos y las flechas interiores levantados para proteger los extremos del campo, y que es imprescindible hacerse fuertes al pie del cerro y de la rampa. Los de las alturas estiman

Jorge Belarmino Fernández

el número de los efectivos que empiezan a rodearlos y cuyas avanzadas inspeccionan la zona con una minuciosidad en la cual no dejan duda de considerar seriamente la posibilidad de una acción.

Cerca del mediodía se sienten aliviados al ver llegar al Generalísimo con buenos contingentes. Pero al atardecer el hombre los regresa en su mayoría al interior de la ciudad. Si el general Bravo, al mando del Castillo, el más viejo de nuestros generales y único sobreviviente del movimiento de independencia, despotrica en voz alta por la decisión, ¿qué clase de desconcierto viven los demás?

En realidad nadie puede atinar cómo procederán los estadounidenses, que tantean las dos grandes vías para avanzar. En todo caso Santa Anna se marcha del Bosque, dejando a la caballería del general Juan Álvarez en las ondulaciones de la hacienda de Los Morales, para cubrir la entrada de las calzadas de Anzures y Chapultepec. Dispone también que parte de una brigada se aposte en el Molino del Rey, y que batallones de la Guardia Nacional resguarden la Casa Mata, construcciones militares contiguas al pie del Bosque. Detrás, donde nace la arboleda, ordena la colocación de una pequeña reserva.

Los oficiales León y Balderas, que ahora están a cargo del primero de aquellos puntos, sin duda observan inquietos las lomas delante suyo, calculando los daños que les produciría una batería enemiga montada allí. En los parapetos de la Casa Mata el artesano Margarito Suazo, miembro de la Guardia, con

La lucha contra los gringos: 1847.

nulos conocimientos militares imaginará al enemigo acercándose al amparo de los magueyales que brotan a un paso. El coronel Echegaray, responsable de la reserva del Bosque, no podrá sino mover la cabeza de un lado a otro, sabiendo que de producirse un ataque en forma no les quedará sino una cuota extra de valor para intentar lo imposible.

Llega la noche con su profundo misterio y transcurre con una lentitud para unos de alivio y para otros, desesperante. A las tres de la mañana los perros, los gallos, los burros, de las haciendas y los pueblos cercanos, intercambiando advertencias delatan los desplazamientos de los estadounidenses. ¿Cómo saber qué hacen y dónde? Por ejemplo, que colocan dos piezas de artillería en un punto elevado, para dominar el frente del Molino; que un par más en una loma baja enfoca hacia el oriente de éste y de la Casa, y que una quinta en la llanura se prepara para enfrentar a la caballería.

Antes del amanecer, de súbito, el estruendo. Los invasores han iniciado la tarea de ablandar el par de estas construcciones. Cuando el día empieza a anunciarse, unos mil uniformes que progresan parapetándose en la vegetación producen en los defensores una angustia doblemente intensa al reparar en que durante el repliegue de la noche anterior seis piezas de artillería quedaron abandonadas. Los cañones del contrario no paran y las descargas de sus fusiles al alcanzar la distancia, hacen todavía más pe-

Jorge Belarmino Fernández

sado el esfuerzo de mirar, de responder y preocuparse por esas piezas ahora inservibles para ellos y en cualquier momento vueltas en su contra. A sus espaldas los hombres de Echegaray, sujetando a los caballos enervados por las explosiones, contemplan la escena entre la niebla que levanta el grueso fuego en un terreno con protuberancias y agujeros a montones.

Ya que los de los edificios empiezan a reaccionar, desde la nada aparece media docena de jinetes estadounidenses para lazar tres de los cañones abandonados y en un abrir y cerrar de ojos salir de regreso entre gritos de triunfo. A través de los árboles Echegaray presencia el movimiento. No tiene por qué pensarlo dos veces y da la orden a sus quinientos hombres, espoleando el caballo.

Antes de salir del Bosque escucha un “silbido, interrumpido de repente al chocar con algo blando”, y “un extraño ruido” cuyo origen termina de entender una fracción de segundo después, con el agudo quejido animal que se separa de él a la velocidad de su propia carrera³. Quienes vienen detrás han visto cómo de súbito la montura resbala por debajo de un compañero convertido en un bulto que se desploma pesadamente, al cual apenas tienen tiempo de evitar de un salto, como a su caballo, “que se agita todavía” y cuyos ojos suplicantes, tratando de escapar de sus órbitas, son la conciencia de la muerte, que tardará en llegar, quizás hasta cuando las carreras y el estrépito

3. De nuevo, con los testimonios de la intervención usamos imágenes de *La guerra y la paz* y de *La roja insignia del valor*.

La lucha contra los gringos: 1847.

hayan cesado y no quede nadie, de noche tal vez, sin escuchar sino su propio fatigoso resoplido.

Por supuesto ni ésta ni otras bajas detienen a Echegaray y los suyos, que pasan Molino del Rey y la Casa Mata y a saltos entran en la era, disparando sobre los enemigos que se alejan arrastrando los cañones. Los ven voltear y reconocen su asombro, el mudar de su sonrisa por una mueca de terror, y cómo sueltan las piezas para aligerar la marcha y protegerse tras sus compañeros.

La razón responde sólo al instinto desarrollado por una historia de combates, diciéndole al coronel que es el momento de dar un primer golpe echándose sobre los tiradores. Pero él y sus quinientos están solos. A la derecha las explosiones de las baterías les estrechan el camino y las descargas de fusil, repetidas en un ritmo discordante y atropellado, detienen el avance. Tratando de alzarse sobre el ruido, el coronel ordena volver recogiendo los cañones, en una operación de cuatro o cinco desesperantes minutos que los descubren en pleno claro, en las mirillas del reguero de uniformes azules que inexorablemente, a fuerza de cantidad, alcanzan algunas de las espaldas descubiertas y cuanto el buen tino o el azar escoge de tal y cual cuerpo.

En esa borrachera de la realidad que pierde su compás habitual, las emociones se transforman sin pausa y cuando León, Balderas, Margarito Suazo y los demás ven de regreso a Echegaray, los malos pensamientos dejan su lugar a un sonoro festejo. No

Jorge Belarmino Fernández

todos lo comparten, es cierto, pues algunos apenas tienen tiempo para “examinarse y saber si siguen intactos”. En todo caso el coronel comprende que la respuesta no ha de tardar. Y sí, en un momento un grito interrumpe la fiesta:

—¡Regresan!

La columna de los invasores sale de nuevo a la vista para caerles encima. Un veterano de infantería redescubre entonces el miedo. “Su rostro empezó a palidecer... Caería como había visto caer a otros hombres muchas veces antes, con la vida escapando tan súbitamente de ellos que las rodillas no tocaban el suelo antes de la cabeza.” A un lado escucha los gemidos de un dragón sobre el griterío de los proyectiles y las balas, y al ir a él se lo encuentra incorporándose, perdida la gorra, con el cabello en desorden, serenado ante su vista. Luego lo observa inclinar la mirada y descubrir que “el pie que tenía encajado en el estribo estaba todavía apretado contra el cuerpo de su caballo muerto. Parecía un borracho. Tenía el brazo caído como una rama seca. La cabeza le pendía como si su cuello fuera un sauce. Se hundía en el suelo, para yacer con la cara hacia abajo. Entonces giró el cuerpo y se precipitó con el rostro vuelto hacia esa región donde habitaban los sonidos impronunciados de los misiles turbulentos. La debilísima sombra de una sonrisa cruzó sus labios”.

En la contemplación, sin poderlo evitar, el veterano pierde un tiempo precioso, pues los estadounidenses se tragan el terreno en dirección a

La lucha contra los gringos: 1847.

ellos, tras la espesa nube de los cañonazos que los cubren, convertidos en “gritos salvajes”, sin origen, fuera de donde el telón de humo se rasga y deja ver a una multitud que corre “como potros sin desbravar”.

Visto desde el Castillo el inicio del combate allá abajo asemeja “la explosión de un volcán”, dice un testigo.

—¿Por qué no se mueve? —pregunta alguien refiriéndose a la caballería del general Juan Álvarez, que a pesar de insistentes órdenes no ataca.

—El terreno no era a propósito —dirá después el general.—Mis oficiales se rehusaban a proceder.

¿Cobardía en un hombre bajo cuya dirección estará la campaña militar que en menos de diez años habrá de expulsar del poder, de una vez y para siempre, a Santa Anna, iniciando el movimiento de Reforma? Los rumores asegurarán luego que, enemigo a muerte del Generalísimo, resolvió ser pasivo porque “era mejor perder la guerra que permitir que El cojo se consolidara en el poder con una victoria”. ¿Es mejor, en verdad? El hecho es que su caballería no interviene, permitiendo a las fuerzas de Scott continuar su precipitación sobre el Molino y la Casa.

No son las únicas criminales faltas que se cometen y los dos comandantes encargados de cubrir el centro entre los edificios se hacen humo. ¿Y Santa Anna? Por lejos que se halle ha tenido tiempo de desplazarse hasta el Bosque. ¿Teme que sea un amago para confundirlo, hacerlo disponer el traslado de batallones y regimientos, dejando desamparada la

Jorge Belarmino Fernández

calzada de San Antonio? Vaya uno a saber, porque sus explicaciones posteriores, como todas las suyas, abundan en embustes y enredos.

Entretanto los soldados y Guardias Nacionales “parecía que fuesen víctimas de una pesadilla”, recibiendo al enemigo. La gente de Balderas detiene una carga y los rechazados, hasta ese momento fieras de la guerra, quedan presos de un miedo que la decisión de volver las espaldas reproduce a cada paso en dirección a un resguardo. Miedo convertido en pánico al comprobar cómo los mexicanos se lanzan en su búsqueda, haciendo que parezca imposible alcanzar el objetivo, viéndose terminar allí, donde no debieran estar, a miles de kilómetros de casa, al pie de uno de esos magueyes cuyas filosas puntas, orgullosamente vueltas al cielo, son la mejor representación de una naturaleza y una cultura extrañas, que sus fusiles vienen despreciando desde Veracruz y que ahora amenaza envolverlos a la manera de un enemigo silencioso, como a su modo comprendieron un año y medio antes sus compañeros en el Bravo.

Un momento de gloria viven, pues, Balderas y sus soldados al echarse contra los invasores. No tienen modo ni interés en reflexionar que el gusto no puede durar, ya que están solos y actúan por instinto, mientras los asaltantes tienen un plan y columnas de apoyo.

En ese momento, de súbito el comandante siente “algo como un enorme latigazo dando un chasquido sobre el escuadrón. Levantó el sable, dispuesto

La lucha contra los gringos: 1847.

a golpear con él, pero en este preciso momento, uno de sus compañeros que avanzaba a galope a su lado se alejó rápidamente, y sintió, como en un sueño, que era llevado hacia adelante a monstruosa velocidad y que, al mismo tiempo, no se movía de su sitio". Otro jinete que viene detrás lo tropieza: "¿Me he caído? ¿Estoy muerto?". En un soplo Balderas se hace y se contesta estas preguntas. "Debajo de él había sangre caliente."

Confundido con la mancha de estampas alrededor, el hombre hace un esfuerzo para precisar la situación y cae en cuenta de que su gente recula. Sabe que si continúan retrocediendo terminarán por olvidar el compromiso de supervivencia contraído. Por eso hace lo que cualquier jefe tiene por obligación: incorporarse, recuperar el sable, gritar. Hasta que una nueva, del desconcierto de balas cruzando, lo alcanza ahora definitivamente.

Entretanto el general León, supliendo al par de comandantes que abandonaron su puesto, se afana por conservar la línea entre las dos construcciones. Va y viene dando desaforadas voces para tomar hombres prestados del Molino y la Casa, que responden mecánicamente y salen de los parapetos para descubrirse por entero inermes. Tiros al blanco de unas balas cuya impunidad absoluta, disparadas a distancia, sin riesgo para los rifleros, provoca un odio casi incontrolable, contra el cual deben luchar también de modo de cumplir las violentas instrucciones de León. Pero éstas cesan apenas ellos encuentran su nueva colocación. ¿Qué pasa?, se preguntan volteando para descubrir a

Jorge Belarmino Fernández

un caballo que se revuelve en desesperados círculos sobre sus patas traseras, y unos cuantos metros allá el cuerpo del general.

Margarito Suazo quizá no lo ve, “inclinado y agazapado en su afanosa labor”, tratando de contener el avance entre un concierto de sonidos e imágenes a las cuales él, un artesano, no está en absoluto acostumbrado:

“Las baquetas de acero, introducidas en el cañón caliente de los fusiles, rechinaban y resonaban sin parar. Las solapas de cuero de las cartucheras estaban abiertas y oscilaban un tanto ridículamente a cada movimiento de sus dueños. Los fusiles, una vez cargados, se apoyaban contra los hombros y, en apariencia, se disparaban sin objetivo determinado a través de aquella cortina de humo, cuando el disparo no era hecho contra una de las formas inquietas e imprecisas que, moviéndose sobre el terreno que se extendía frente a ellos, se agrandaban según se acercaban, como títeres movidos por una mano mágica”.

Entonces los compañeros de Margarito se ponen a caer. El cuerpo de uno de ellos “yacía en la posición de un hombre fatigado que estuviera descansando, si bien había quedado fija sobre su rostro una expresión de asombro y tristeza”.

Al lado “refunfuñaba uno que había sido rozado por una bala y la sangre comenzó a correr abundantemente por su rostro. Se cogió la cabeza con ambas manos, lanzó una exclamación de sorpresa y echó

La lucha contra los gringos: 1847.

a correr. De pronto, otro soltó también una ahogada expresión de asombro, como si le hubieran golpeado con una estaca en el estómago. Se sentó y miró a su alrededor con ojos en los que había un mudo e indefinible reproche”.

De detenerse a contemplar el escenario que se extiende más allá, Margarito hallaría sobre la tierra “a unas cuantas figuras inmóviles y horribles, que yacían aquí y allá contorsionadas como en una alucinación. Los brazos estaban extrañamente doblados y las cabezas en posiciones increíbles. Era como si aquellos cadáveres hubieran caído desde una gran altura, como si hubieran sido arrojados desde el cielo”. Él mismo, de poder observarse, descubriría que sus ojos tienen “esa expresión que suele verse en las pupilas de los caballos cansados”. Su cuello se estremece “bajo la acción de un débil nerviosismo”, sus brazos quedan “como entumecidos y exangües”, sus manos dan “la sensación de ser dos apéndices de su cuerpo, desprovistos de vida”, y las rodillas parecen firmes pero están “dobladas por la inseguridad de la tensión retenida”.

Los estadounidenses se acercan rápida y seguramente, “hasta ocupar por completo la vista, aullando como lobos”, y el artesano escucha la orden de salir y deja el arma para tomar la bandera. Quizá recuerda una discusión como ésta:

—¿Por qué me nombran abanderado?

—La bandera es lo más importante, amigo. Acuérdate de eso: el símbolo es el que mantiene a

Jorge Belarmino Fernández

la tropa. Mientras la bandera esté en pie, el soldado retará a la derrota.

“No puedo parar. Yo, menos que nadie —se dice ahora, con razón o sin ella. Si la bandera avanza, la tropa avanza.” Gira y se tropieza en dirección a los que toman ya la Casa y tuercen para entrar por detrás del Molino. Y los alcanza sin darse cuenta de las bayonetas que a sus espaldas lo buscan obstinadamente.

En ese mismo, exacto momento, los de Scott dan culatazos contra la puerta del edificio, y Echegaray, desde el costado contrario, hace por alcanzarlos. Mientras, la abren, y un centenar de Guardias Nacionales se les echa encima; el coronel, al principio a cargo de la reserva y ahora responsable de la toda la tropa, comprende que es el fin, que no tiene modo de parar la oleada que comienza a entrar gracias a su peso.

—¡Toque retirada!

Para ese momento Margarito ha sentido el primer golpe filoso y un instante después una serie repetida. Su desesperación viendo el asta vacilar en las manos, debe ser muchas veces mayor que la que le produce la idea de la muerte: el temor inconmensurable por el fin de todo, familia, barrio, ciudad... Y cae. Los invasores han dejado de hacerse caso y corren, más que por las órdenes de su oficial, por el clarín mexicano declarando el éxito de ellos, que tal vez Margarito escucha como en un sueño.

Quienes echando marcha atrás lo ven, irguiéndose con heridas en media docena de lados,

La lucha contra los gringos: 1847.

para sacarse la ropa, no comprenden. Se quita hasta el último de sus trapos, anda como puede cuatro o cinco interminables metros, arranca el paño de la bandera, se arroja con él y se acuesta. Al cabo de un minuto, al parecer, durante el cual quién sabe cuántas imágenes pasan por su cabeza, muere, dejando en la mirada de quienes voltean desde el bosque la estampa del cuerpecillo regordete, con las piernas y los brazos al aire, mal cubierto por nada más que una bandera en jirones.

El Bosque

¿Por qué Santa Anna llega apenas a las nueve y media, cuando la batalla está decidida? A pesar de obligar a nuestras tropas al desalojo y la huida, para los estadounidenses aquello no ha sido propiamente una victoria. Han perdido ochocientos hombres en la toma de un par de construcciones sin utilidad alguna. El conflicto no alcanza a estallar, pero en el campamento de Scott no hay manera de ocultar los graves resentimientos que surgen entre los generales del alto mando. Por la tarde se ordena, incluso, el abandono del punto, permitiendo que los mexicanos lo ocupen de nuevo.

Pero de ello a lo que El Cojo —como lo llaman Juan Álvarez y muchos otros— declara públicamente esa noche, hay mucho más que un abismo: “Nuestras armas han triunfado en Molino del Rey. Yo personalmente dirigí las acciones”. “¡Santo Cristo!”,

Jorge Belarmino Fernández

debieron exclamar los del Castillo al leer el manifiesto del general presidente.

En realidad, para los invasores la acción no ha sido mero desperdicio. Han comprobado que nadie interrumpe su progreso sobre las calzadas, y que con una pequeña parte de sus fuerzas pueden superar las defensas de la base del cerro. Desde allí, apoyadas por una buena dosis de baterías, que sobraría para contrarrestar las del Castillo y castigar a las tropas del Bosque, sus columnas en volumen estarán en condiciones de trepar, al amparo de los gruesos ahuehuetes, para hacer suyos los parapetos y coronar la batalla en un asalto combinado por el frente, por el sur y por la rampa.

Así lo hacen cinco días después, el 13, en que de hecho se produce la gran batalla. Si el comportamiento de León ha reivindicado al ejército nacional, el de otros esta vez quizá los supera. En particular, el del coronel Xicoténcatl, quien al asumir la responsabilidad está a punto de detener el asalto multitudinario, dejando en el lugar cuanto tiene. Lo hace sin reparar en que el destino general de la guerra se encuentra, ahora sí, prácticamente decidido, apostando a la última, desesperada carta de una defensa exitosa, que repercutirá en el ánimo de los dos bandos.

Quien no está dispuesto a nada parecido es Santa Anna. Ni lo ha estado nunca.

Regresado de su exilio tras el fracaso en Texas, a fines de 1844, se decide a un primer, atropellado intento por crear una dictadura. Generales y políticos

La lucha contra los gringos: 1847.

lo intuyen y terminan convenciéndose cuando el “seductor” apela a ese gesto suyo que ya no esconde secretos —a pesar de que esta vez está envuelto en el genuino drama de la muerte de la esposa—: retirarse a su hacienda. Los historiadores contemporáneos no dudan de que en medio del duelo, el otra vez presidente se ha dado tiempo para encargarse de la distribución de los papeles que en la capital del país reclaman la disolución del “inútil congreso” que lo ha estado obstaculizando.

Para entonces ha aprendido lo que otros de su especie no están decididos a aprender: el poder cuesta. A él, una pierna, la ignominia de ser detenido por sus vencedores texanos y cargar con el rumor que lo disfraza de mujer en su inútil intento de huida; ser recibido en Washington, donde aquéllos lo envían, como director de una mala opereta, y conocer la expatriación. Ahora tendrá oportunidad de ver hasta qué grado llega el voluble ser del populacho que ayer lo aclamaba, cuando, cumpliendo los temores, se presenta en la ciudad de México y dicta medidas para hacer a un lado, en todo posible, el límite a su poder.

En días, la conspiración en su contra se resuelve y “canalla”, presa de la ira, lo busca sin resultado y cambia su cabeza por su pierna, que desentierra del mausoleo en el cual ha sido sepultada con los más altos honores, para arrastrarla en fiesta por las calles, mientras él busca por segunda vez el exilio. Un exilio que, sin embargo, de ser como el anterior, hará las veces de un mutis magnificado.

Jorge Belarmino Fernández

Y así es. Menos de dos años después la “Patria” lo ha llamado a gritos. Qué de raro, pensando en el comportamiento del resto de los militares que se disputan el panorama nacional, a quienes hemos visto desfilar por estas páginas; una farsa o un error tras otro.

Escutia, Márquez, de la Barrera...

Días después de la derrota, frente a la casa del guarda del Bosque de Chapultepec, un grupo de familias se reúne en torno a un cadete de 15 años.

—Sí, yo lo vi, señora.

—¿Estuviste en el Castillo? —pregunta el periodista que dejará el primer testimonio sobre los luego, Niños Héroeos.

—Hasta la tarde del 13.

—De modo que viste todo.

—Sí.

—¿Cómo fue?

“Cuando cayeron los molinos ya nos dábamos cuenta de que la cosa seguiría para acá. El día 9 llegaron nuevos cadetes. Entre esos iba Juan Escutia, del que les platiqué a los señores. Pensábamos que el gobierno iba a reforzar mucho este lado, pero no. Éramos pocos: doscientos al pie del cerro, en el Castillo una brigada y nosotros, los alumnos. Ochocientos en total, digo yo.”

“Habían blindado las paredes, y por esa parte nos sentíamos confiados. ¡Pero no!, eso no servía para

La lucha contra los gringos: 1847.

lo que vino. Al amanecer del 12 nos empezó a caer una tormenta de cañonazos. Con todo y el blindaje, ¡pum!, las balas abrían tamaños boquetes en las paredes y en el techo. ¡Catorce horas duró el cañoneo! ¡Catorce! Por la noche nos pusimos a reparar los daños como mejor se pudo.”

“Volvió el amanecer y otra vez los cañones de ellos duro y duro... En eso los vimos, a los *yankees*, entrando al Bosque. Rápido arrollaron a los poquitos fusileros que había en las afueras.”

“Venían en tres columnas muy fuertes, colocando filas de tiradores para proteger el avance. Nosotros podíamos hacer muy poco y ellos, en un rato ya estaban abajo del cerro y por la rampa. Y los cañones que no paraban: pum, pum, pum, tumbando árboles. Desde arriba veíamos cómo iba agarrando color de sangre el agua de La Alberca. Entonces se apareció el coronel Xicotécatl, el del Batallón San Blas, a cien metros del Castillo, digamos. De momento cortó al enemigo, pero enseguida lo rodearon y lo echaron abajo.”

“¡Era una desesperación! Un montón de güeros y de negros subían y subían. Treparon la rampa y por allí, y por las piedras, alcanzaron el patio. ¿Qué podíamos hacer? Los teníamos en la azotea, descolgándose para la planta alta, como hormiguero. Ya nada más quedábamos los alumnos y unos pocos soldados, que nos fuimos a refugiar al lado oriente.”

“Al primero que vi caer fue al subteniente de la Barrera, de un balazo. Entonces Escutia salió al

Jorge Belarmino Fernández

pasillo. Uno no entendía a dónde iba, hasta que lo vimos agarrar la bandera: así como si fuera lo único que le quedara en el mundo. Un *yankee* desde la planta alta se acomodó el fusil, apuntó con cuidado, como si lo estuviera nada más cazando, y disparó. El impacto echó al muchacho y por allá cayó al vacío.”

“Márquez, el más jovencito, venía disparando, buscando juntarse a nosotros, cuando también lo balearon. Su cuerpo rodó por la pendiente y fue a caer ahí, muy cerca del de Escutia. Suárez estaba cargando su arma, en el momento en que lo alcanzó un disparo en el costado. Ellos, los *yankees*, que venían corriendo, no se apiadaron y uno o dos, no sé de seguro, le metieron la bayoneta. A Montes de Oca lo agarraron pasando por una ventana. Lo acibillaron de plano.”

“Melgar siquiera pudo cobrarse. Tenía abierta la rodilla, así que no podía caminar. Se parapetó en unos colchones y desde ahí tumbó a algunos. Pero le dieron de nuevo, en el pecho, y luego, ya tirado, un bayonetazo.”

El pueblo

Después de Chapultepec, Santa Anna ordena el repliegue de las tropas y el desalojo de la ciudad. El intento de resistir en las condiciones en las que están parece entregar la capital a un inútil destrozo. Pero no piensan lo mismo las redes sociales tejidas a lo largo de casi tres años: las compañías de la Guardia Nacional

La lucha contra los gringos: 1847.

que forman parte del proceso, y el pueblo llano en su conjunto. Esa noche, mientras el ejército se retira a La Villa, el coronel Carbajal, de la Guardia, junta a un grupo de jefes para preparar la defensa. Todo el vecindario entre Salto del Agua y La Alameda se compromete en la decisión.

Por la mañana, cuando la primera división estadounidense entra a la capital desde San Cosme, al llegar a La Alameda recibe disparos de armas de todas clases y una lluvia de pedradas lanzadas mayormente por mujeres y niños. Responde con cañonazos selectivos y una violenta cargada hasta los patios mismos de las casas, a sablazos, culatazos y disparos.

Todo anuncia terminar allí, pero en realidad apenas comienza. Recogiendo un testimonio, Prieto escribe sobre el día siguiente: “Los *yankees* se fueron metiendo galán, por toda la derecha de San Francisco y Plateros, y por allá por La Mariscalá. Venían con sus pasotes muy largos y como que les cuadraba nuestra tierra, muy grandotes, reventando de colorados y con sus mechás güeras, con sus caras hechas todas de un solo molde”.

“En la plaza, aunque desparramada, había ya mucha plebe que hormigueaba dentro de los portales, se tendía en el cementerio de la Catedral, hacía remolino por las esquinas. En la esquina de la plaza del Volador, y subido como en un alto, estaba un hombre pelón, de ojos muy negros, de cabello lanudo y alborotado, de chaquetón azul, que hablaba muy al alma; su voz como que tenía lágrimas, como que

Jorge Belarmino Fernández

esponjaba el cuerpo: ¿Qué ya no hay hombres?, ¿qué no nos hablan esas piedras de las azoteas?... La gente gruñía con rumor espantable: la voz de aquel hombre caía en la piel como azote de ortiga. Aquel hombre era Próspero Pérez, orador de la plebe de mucho brío y muy despabilado.”

“Cuando él estaba más enfervorizado, y más en sus glorias los *yankees*, de por detrás sonó un tiro de fusil. Un grito de inmenso regocijo y explosiones de odio, de burla, de desesperación, acogieron aquello. Los *yankees* se fueron sobre el tiro, acuchillando gente, atropellando a las mujeres y a los niños.”

“Entonces, como en terreno quebrado, varios hilos de agua se juntan y forman río; como en campo que arde aquí y allá, el aire junta las llamas y forman incendio, así la gente se juntó y descargó balazos y pedradas, corriendo a la espalda de Palacio.”

“Los yankees seguían en persecución de aquella masa hostil. Algunos léperos derriban a varios soldados y la gente cae sobre ellos y los devora, dejando sus cadáveres medio desnudos, los calzones de varios de ellos, enarbolados en un palo, sirven de bandera.”

“Decir lo que pasaba en casa fuera cuento de nunca acabar. Aquí se lloraba, allá se pretendía huir, en otras partes todo era guerra. El pueblo había estado como fiera y como llama, como mar y como aire fuerte, que vuela bramando. Sin dirección, desangrándose, desgarrado, corriendo como ciego entre abismos buscando a la patria que se le iba de dentro de sus

La lucha contra los gringos: 1847.

brazos; así fue el pueblo, aquel ruido de guerra hacía compañía al alma.”

“Era uno el R.P. Lector González, muy moreno, de negro copete, de mirada altiva, que llevaba en lo alto un estandarte con la Virgen de Guadalupe. Este padre, como gran general, a todo atendía, se encontraba en lo más recio del choque, acaudillaba al inmenso pueblo que, como si fuera sólo un niño, lo obedecía. Tan pronto, el estandarte que el padre conducía se veía por Loreto, como por Los Ángeles, como sobre las azoteas, como en la torre de Santa Anna.”

“Avanzándose hasta cerca de Santa Catarina, para salir al encuentro de los grupos que venían por Santo Domingo y la travesera de la Puerta Falsa, había salido el padre; al pasar lo vi pálido, iba perdiendo sangre. Vi rodeado de *yankees* el estandarte del padre. Así murió.”

Jorge Belarmino Fernández. Nacido en la Ciudad de México en 1947, ha sido organizador sindical, periodista, historiador, guionista de radio y televisión, y colaborador de varias revistas culturales. Es autor, entre otras obras, de *Cuestión de Sangre*, dedicada a la intervención estadounidense en nuestro país, y *Buscando a Belarmino Tomás*, su abuelo, dirigente minero y gobernador de su provincia durante la Guerra Civil Española. Forma parte del equipo de Para Leer en Libertad, e imparte charlas sobre historia en comedores comunitarios, tianguis, preparatorias...

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de septiembre del año 2010.

El tiraje fue de 1000 ejemplares para su distribución gratuita, y es cortesía del Partido de la Revolución Democrática (PRD) del Distrito Federal y la Brigada Cultural “ Para Leer en Libertad”

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.